3 1761 07990794 5

Paz Soldan, J. P. (Juan Pedro)
Domingo Faustino Sarmiento

F
2846
S26P39
1911

SUDAMERICANOS CÉLEBRES

Domingo Faustino Sarmiento

POR

J. P. PAZ SOLDÁN

BUENOS AIRES
EDITOR: ALFREDO DE MARTINO
ESMERALDA 217
1911

bat

SUDAMERICANOS CÉLEBRES

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

POR

J. P. PAZ SOLDÁN

BUENOS AIRES
EDITOR: ALFREDO DE MARTINO
ESMERALDA 217
1911

LIBRARY
FEB 22 1979
UNIVERSITY OF TORONTO

F
2846
S26P39
1911

LIBRARY
OCT 23 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

Al Doctor José María Ramos Mejía

Presidente del Consejo Nacional de Educación.

A nadie mejor que á V. digno sucesor de Sarmiento en la obra de difundir la enseñanza y de fomentar el sentimiento patrio de las nuevas generaciones, puedo dedicar este breve ensayo, consagrado á la memoria de un hombre que animado de los mismos nobles y generosos propósitos, que á V. le guian, sufrió como V. los ataques de quienes esperan el epílogo de una obra para ponerse de pié y aplaudirla.

La posteridad se encargará de hacerle á V. justicia, como se le hace hoy á Sarmiento que fué su precursor en la campaña de instrucción nacional á tambor batiente y á banderas desplegadas, que V. se obstina en proseguir sin arredrarse ante gestos de desaprobación, que en nada afectan á su obra.

J. P. PAZ SOLDÁN.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/domingofaustinos00pazs

I

Infancia de Sarmiento. - Amor á la verdad. - Pasión por la lectura - Libros favoritos - Influencia de la "Vida de Franklin". - Primer viaje á Chile.

Nueve meses después de la Revolución de Mayo — el 15 de Febrero de 1811 — nacía en San Juan el hombre que debía emancipar á la República Argentina de sus dos yugos más pesados — el caudillaje y el analfabetismo: — Domingo Faustino Sarmiento, hijo de un patriota soñador, D. José Clemente Sarmiento, compañero de San Martín en la campaña de Los Andes y en la batalla de Chacabuco, y de Doña Paula Albarracin, matrona ejemplar por sus virtudes.

Nació Sarmiento en una época de agitación y de ansiedades patrióticas, en que las ideas se desenvolvían febrilmente. La dominación española herida de muerte el 25 de Mayo de 1810, empezaba á desangrarse, y en toda la futura

república soplaba un viento de libertad, que arrasaba con todos los viejos prejuicios.

Hasta en San Juan, aislado entre la cordillera de Los Andes y la Pampa infinita, surgía ya el verbo revolucionario, y D. José Clemente Sarmiento, padre del futuro presidente de 1868, era uno de los espíritus á quienes despertaban los clarines de la independencia.

Sarmiento, cuya familia gozaba en San Juan fama de embustera, fué educado por su austera madre en el horror á la mentira. Desde sus primeros pasos en la vida, su principal culto fué el de la verdad. Ya en la escuela y en la edad temprana en que falsear los hechos suele ser un vicio innato, Sarmiento sobresalió siempre por su veracidad. Cada vez que alguno de sus condiscípulos soltaba una falsedad, sus maestros corregían al mentiroso con esta sola frase:

—Aprende de Sarmiento.

Tuvo pasión por los libros desde su niñez, y en los nueve años de vida escolar que llevó en su pueblo alcanzó siempre las notas más altas de aplicación.

Cuando el gobierno de Rivadavia dispuso que de cada capital de provincia fuesen enviados á Buenos Aires los niños más sobresalientes en sus estudios para educarlos por cuenta del Estado, Sarmiento fué uno de los señalados por sus maestros, con gran júbilo suyo y de sus padres. Pero esta alegría debió durar muy po-

co. Se interpusieron influencias de las familias ricas del lugar que reclamaron para sus hijos el favor acordado á los seis alumnos más aprovechados. Para conciliar las cosas se decidió librar á la suerte las aspiraciones de todos. Verificado el sorteo, Sarmiento no fué de los favorecidos. ¡Adios nobles ilusiones! ¡Qué dolor el del niño aplicado, que contó como seguro proseguir sus estudios en Buenos Aires!

«¡Qué día de tristeza para mis padres! Mi madre lloraba en silencio. Mi padre tenía la cabeza entre sus manos.» Así refería años más tarde, este día desdichado de su infancia.

Al salir de la escuela, Sarmiento, que soñaba ya con desenvolver sus prodigiosas facultades, dentro del más amplio escenario, sufrió un nuevo desengaño, yendo en 1826 á desempeñar el puesto humilde de dependiente de tienda. Se lanzó entonces á la lectura de cuanto libro cayó en sus manos, y aprovechó esos años de reclusión forzada, tras del mostrador de un negocio, en alimentar su espíritu, leyendo sin descanso á Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Lamartine, Chateaubriand, Thiers, Guizot, etc. Devoró ávidamente las vidas de Cicerón y de Franklin. Refiriéndose á esta última, decía:

—«Libro alguno me ha hecho más bien que este.»

En 1830 abandonó por fin la tienda en cuyo estrecho recinto se asfixiaba moralmente, para

volar con otros jóvenes á empuñar las armas contra el jefe de montoneras Facundo Quiroga. Así comenzó esa brillante y ruidosa carrera política y militar, que después de irradiar sobre medio continente iría á extinguirse, más de medio siglo más tarde, como el sol en su ocaso, sobre el suelo hospitalario del Paraguay.

Era casi un niño cuando fué nombrado ayudante del comando militar de San Juan, y en ese mismo cargo lo hallamos después en Mendoza, espada en mano, al lado del general Alvarado, á quien acompañó hasta la tragedia del Pilar, en la que salvó la vida milagrosamente.

Sarmiento se destacó en el curso de esa campaña, llena de vicisitudes, sin ganar más sueldo que la ración del soldado, y los sufrimientos propios de una guerra de escaramuzas y de encrucijadas.

El 4 de Noviembre de 1830 el negro Panta, famoso bandido, secundado por otros bandoleros, se adueñó de San Juan por un golpe de audacia. La revolución carecía de carácter político, y no tenía más fin que el pillaje. Al día siguiente fué debelada por un coronel, que seguido de cuatro oficiales y tres soldados atacó el cuartel, á las siete de la mañana y puso en fuga á los amotinados, libertando á veinte oficiales presos, que iban á ser asesinados por los bandidos. Cuatro de los sediciosos tomados

con las armas en la mano, fueron inmediatamente fusilados.

Este hecho en el cual, Sarmiento de diez y nueve años entonces, no intervino, dió margen para que Don Domingo Godoy, lo mortificara en Chile durante dos años, calificándole de asesino y achacándole aquellas ejecuciones.

El calumniado se defendió enérgicamente:

—«Juro ante Dios y ante los hombres—son sus palabras—que yo no derramé una gota de sangre.»

Cuando en 1831 Facundo Quiroga triunfó con sus vándalos en Chacón, Sarmiento emigró á Chile.

Durante cinco años su vida fué una perpétua odisea: huésped de un pariente en Putaendo, maestro en Los Andes, bodeguero en Pocuro, dependiente en Valparaiso, mayordomo de minas en Copiapó, y tahur por ocho días en el Huasco, se batió con todas sus fuerzas contra la suerte que no se le rendía. Fatigado, por fin, tras de tantas inútiles peregrinaciones, regresó á San Juan en 1836.

II

"Pensador y hombre de acción" - Estudios de historia y filosofía. - Formación de su personalidad. - Espíritu europeo y americano. - Sus grandes amigos: Alberdi, Tejedor, Aberastain, etc. - El gobernador Benavidez. - Sarmiento preso - Horas de martirio. - Su destierro.

Volvió de Chile enfermo y arruinado. La vieja sociedad que dejó en San Juan á su partida, ya no existía. La guerra civil había dispersado las familias y Sarmiento debió sentirse en los primeros días de su llegada, como un extraño en su propia tierra.

Traía, sin embargo, esa fe, ese entusiasmo, ese caudal de iniciativas, que debieron inmortalizar más tarde su nombre, y el ánimo resuelto que lo acompañó toda su vida. Buscó por todos los medios el adelanto de su pueblo, predicó ideas nuevas, creó centros de cultura y de instrucción, y fundó un periódico, cuya vida fué efímera.

Ejerció las más variadas profesiones. Después de ser periodista, fué perito, fué agrimensor y por último fué defensor de pleitos, trabajando, al par, sin descanso, por el progreso de su provincia.

«Pensador y hombre de acción, ha dicho Aristóbulo del Valle, sus ideas brotaban con aliento de vida y apenas enunciadas, se les veía tomar cuerpo, encarnarse y convertirse en acción personal ó social.»

Constantemente ocupado en la suerte de San Juan, como lo estaría años más tarde, en la de su patria entera, fué en aquellos años de su vida el tipo del innovador y del propagandista infatigable.

Regresaba de Chile con su bagaje intelectual incrementado. En medio de su vida azarosa, no había cesado de estudiar, y en 1855, cuando apenas ganaba una onza mensual en Valparaiso, se aplicaba á aprender el inglés con toda la pasión que sabía consagrarle al estudio, invirtiendo buena parte de su escaso sueldo en pagar un maestro, libros, luz y en gratificar al sereno, que á las dos de la mañana iba á despertarle para que dedicara esas horas á repasar sus lecciones.

Esa pasión por el estudio y por la lectura le acompañó á San Juan. Devoró en esa época las obras de Villemain, Schlegel, Jouffroi, Guizot, Cousin, etc., etc. En las tertulias noctur-

nas que celebraba un grupo escogido de la sociedad de su pueblo, aquellos libros dieron tema durante dos años consecutivos á discursos apasionados. Sarmiento se consagró entonces al estudio de la filosofía y de la historia.

Terminado ese aprendizaje se sintió ya preparado para actuar con rumbo fijo en la vida. El mismo lo dice:

—«Empecé á sentir que mi pensamiento, propio espejo reflector hasta entonces de las ideas ajenas, empezaba á moverse y á querer marchar. Todas mis ideas se fijaron clara y distintamente, disipándose las sombras y vacilaciones frecuentes en la juventud que comienza, llenos ya los vacíos, que las lecturas desordenadas de veinte años hubieran podido dejar, buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos á la vida actual, traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano con los cambios que el diverso teatro requiere.

A la vez que iba formando Sarmiento su personalidad, su carácter y su programa de reformas por la lectura, se trasformaba también por el trato con los hombres de talento y de ilustración, cuya amistad cultivaba: Alberdi, Tejedor, Aberastain, Gutiérrez, Oro, Fragueiro, etc. Todos estos contribuyeron á desenvolver su espíritu, y á infundirle ideas, que permutadas en su mente se trasformaron en amplias vistas políticas y de todo orden.

Fué alrededor de esta época en 1857, que aprendió el italiano en compañía de Rawson.

Tenía la pasión por los idiomas, á la vez que una facilidad extraordinaria para aprenderlos y para enseñarlos. Fué maestro de francés de muchas personas de su relación, con el deseo de propagar la buena lectura. Estimulaba muchas veces á sus amigos á que aprendiesen aquella lengua, dándoles consejos acertados sobre la mejor manera de aprender por sí solos y sin necesidad de maestros.

Poseído de aquel espíritu infatigable de reformas que lo caracterizaba, fundó en San Juan un colegio de señoras, otro de hombres, una sociedad dramática, y en fin lo habría modificado y trasformado todo, si no hubiera tenido que tropezar siempre, en su afán de progreso, con el gobernador Benavidez, digno secuaz en San Juan, del dictador Rosas.

Por artículos publicados en «El Zonda» — nombre del periódico de Sarmiento — por una multa que el periodista se negó á pagar, y más que nada por falta de flexibilidad de Sarmiento para sometérsele, Benavidez se previno en su contra, y se empeñó en hostilizarlo.

A fines de 1859 la situación de Sarmiento era insostenible. Se encrespaba la política, y su independencia y franqueza desnuda y sin ambajes, despertaron recelos.

Benavidez era, según Sarmiento, un excelen-

te corazón, al que le faltaba una noción clara del derecho y de la justicia. Solía decir que San Juan no se tranquilizaría hasta la desaparición de los abogados. Esta expresión retrata los puntos de cultura que calzaba.

Por otra parte, el gobernador era un tirano manso, cuyo programa de gobierno se reducia á mantener quietos y sumisos á sus gobernados. Y el resultado fué que en aquel periodo general de barbarie y de revuelta, la provincia de San Juan hubo de ser una de las más rezagadas, debido al sistema implantado por Benavidez.

Sarmiento no contempló impasible este rebajamiento de su pueblo. Sin reparo á la cólera del tiranuelo lo censuró públicamente. La paciencia de Benavídez, que creyó al principio atraerse á Sarmiento, se agotó, y decidido á suprimir en cualquier forma aquel obstáculo para su dictadura, hizo prender al redactor de «El Zonda».

De lo que padeció en su corta prisión, no hay nada que dé más exacto testimonio, que la siguiente relación de su vía crucis hecha por Sarmiento, años más tarde:

«La noche del 17 de Noviembre á las dos de la mañana, un grupo de á caballo gritó, parándose en frente de la cárcel:

—¡Mueran los salvajes unitarios!

«Tan sin antecedentes era esta exclamación,

tan helado y acompasado salía aquel grito de las bocas de los que lo pronunciaron, que se conocía que era una cosa calculada, convenida, sin pasión. Comprendí que algo se urdía. A las cuatro repitieron la misma dosis, mientras yo velaba, escribiendo una soncera que me tenía entretenido.

«Al alba se introdujo en la prisión un andaluz, que la echaba de borracho, y entre agudezas y bromas risibles para distraer á los centinelas, al pasar haciendo equis, cerca de otro preso que me acompañaba, dejaba caer en frases entrecortadas:

—Los van á asesinar!... Las tropas vienen á la plaza!... El comandante Espinoza los va á lancear!... Al Sr. Sarmiento!.. Salven si pueden!

«Esta vez estaba ya montado á la altura de la situación, pedí á casa un niño, escribí al obispo, que no se asustase, y que tratase con su presencia de salvarme... pero el pobre viejo hizo lo contrario, se asustó y no pudo hacer que sus piernas lo sostuviesen.

«Las tropas llegaron y formaron en la plaza.

«El niño que estaba en la puerta del calabozo, á guisa de telégrafo, me comunicaba todos los movimientos. Algunos gritos se oyeron en la plaza, carreras de caballos. Vi pasar la lanza de Espinoza, que la pedía. Hubo un momento de atención y luego ochenta oficiales se agruparon bajo la prisión gritando:

—«Abajo los presos!

«El oficial de guardia subió y me ordenó salir.

—«¿De orden de quien?

—«Del comandante Espinoza.

—«No obedezco.

«Entonces pasó al calabozo vecino y extrajo á Oro, y lo exhibió, pero al verlo gritaron de abajo:

—«A ese no! A Sarmiento!

. . . . . .

Salí y me saludaron con un hurrah de mueras y denuestos aquellos hombres que no me conocían, salvo dos que tenían razón de aborrecerme:

—«Abajo! Abajo! Crucifije eum!

—«No bajo. Ustedes no tienen derecho de mandarme.

—«Oficial de guardia, bájelo á sablazos.

—«Baje V. me decía éste con el sable enarbolado.

—«No bajo, respondía yo tranquilamente.

—«Déle V. de filo . . . . . gritaba Espinoza espumando de cólera.

—«Si subo yo, lo lanceo, señor oficial de guardia!

—«Baje V. señor por Dios, me decía bajito el buen oficial, verdugo á su pesar,—y medio llorando, mientras me descargaba sablazos. — Voy á darle de filo ya,

—«Haga V. lo que quiera,—le decía yo quedo—No bajo!

«Algunos gritos de espanto de dos ventanas de la plaza, salidos de bocas que me eran conocidas, al ver subir y bajar aquel sable, me habían conturbado un poco. Pero quería morir como había vivido, como he jurado vivir, sin que mi voluntad consienta jamás en la violencia.

. . . . . .

Cuando los furibundos de abajo se convencieron de que yo no quería morir en las patas de los caballos, gustándome más hacerlo en lugar decente y despejado subieron diez ó doce de ellos y cojiéndome de los brazos me descendieron abajo, en el momento en que llegaban doce cazadores que Espinoza habia pedido para despacharme.

«Pero Espinoza quería verme la cara y aterrarme. El cómico limeño 1) á quien yo silbaba en el teatro por ridículo, hecho capitán de la federación me tenía apoyada la espada en el pecho con los ojos fijos en Espinoza para empujarla.

«El comandante en tanto me blandia la lanza y me picaba en el corazón, gritando blasfemias. Yo tenía compuesto mi semblante es-

1 Mayorga, actor limeño, transformado en capitán de las fuerzas de Benavidez. Un tiempo después murió borracho en manos del general Acha,

tereotipado en el aspecto, que debía conservar mi cadáver.»

En resumen Sarmiento golpeado en el brazo y en una mano por la lanza de Espinoza, logró escapar y fué salvado por un edecán del gobernador. Los secuaces de Espinoza le hicieron gracia de la vida, pero con una condición, que se cumplió: Sarmiento fué afeitado.

Al dia siguiente se decretaba su destierro y el 19 de Noviembre de 1840 cruzaba la cordillera, dirigiéndose por segunda vez á Chile.

Antes de abandonar el suelo de su patria, escribió al pié de un escudo argentino, estas palabras:

—No se matan las ideas!

III

Sarmiento en "El Mercurio". - Su primer artículo. - Contiendas periodisticas. - El diarismo en 1840. - Artículos borrascosos. - De nuevo condenado á partir. - Un suceso inesperado. - Encuentro con los dispersos de Lamadrid. - ¡A Chile otra vez! - En favor de los vencidos. - Una nueva calumnia. - Resplandece la verdad.

El año 1840 y los siguientes fueron de intenso movimiento intelectual en Chile. Salvada de la anarquia por gobiernos firmes y resueltos aquella república, era en esa época un vasto campo literario en el que median sus armas escritores tan eminentes como D. Andres Bello, D. Joaquin José Mora, (venezolanos), D. Felipe Pardo y Aliaga, (peruano), D. Juan Garcia del Rio, (colombiano),Olañeta, (boliviano), Victorino Lastarria Egaña, Sanfuentes, Orjeda, Minvielle, García Reyes, etc. (chilenos). «El Mercurio» de Valparaiso, decano de los diarios de Sud América era en gran parte el centro y factor

de esa alborada de la literatura americana. Los hombres que formaban el gobierno: el general Bulnes, presidente de la república; D. Manuel Montt, ministro de justicia; Irarrázabal, ministro del interior, etc. estaban en armonia por la elevación de sus miras y por sus dotes superiores, con el núcleo intelectual que se movia en torno de ellos. Sarmiento que no pudo llegar en mejores circunstancias, se dió a conocer desde el primer instante publicando un buen articulo sobre San Martin, que apareció en «El Mercurio» y que mereció la aceptación general.

Para darse cuenta de la forma en que actuó Sarmiento en Chile, es necesario recordar lo que era el diarismo en aquel tiempo. La prensa hace sesenta años no era como hoy noticiosa é informativa. No existia el telégrafo y faltaba por lo tanto, la base principal del periodismo moderno. El reportaje no habia tampoco entrado todavia en el número de los procedimientos periodisticos y los diarios de 1840 y de los años siguientes mantenian vivo el interés de sus lectores por medio de un recurso que hoy ha quedado relegado á los periodistas de aldea: las polémicas. Entre diario y diario, entre redactor y redactor se libraban grandes batallas de pluma que con harta y lamentable frecuencia descendian al terreno personal, degenerando en un tiroteo de denuestos y de insultos. Sarmiento hubiera sido en cualquier época un dia-

rista eminente. Polemista incansable, poseia el dón de herir en pleno pecho á su contendor. Gozaba en el ataque y promovió grandes borrascas con sus articulos. Sus adjetivos caian como proyectiles en el campo enemigo. Era audaz, insolente, encarnizado y mordaz. Exasperados sus adversarios le devolvian con creces sus golpes. No contentos con calificarlo de periodista asalariado - aludiendo á que era el defensor del gobierno - procuraron difamarlo aplicándole apóstrofes inmerecidos. Cuando la refriega periodistica llegó á su colmo, Sarmiento tras una entrevista con don Manuel Montt, resolvió regresar á la República Argentina.

De nuevo condenado á peregrinar por el mundo, sin patria y sin abrigo volvió á emprender el áspero sendero de la cordillera, ginete en su mula. ¡Cuán tristes reflexiones sobre lo azaroso de su destino, embargarían el ánimo del viajero, mientras envuelto en su poncho de vicuña y con el blando sombrero hundido en la cabeza, para que los ventarrones de la montaña no lo arrastraran, avanzaba paso á paso con rumbo á la patria dominada entonces de norte á sur por una banda de mandones!

Su cabalgadura pisaba ya la más alta cumbre de Los Andes cerca del paraje en el que se levanta una casucha de ladrillo destinada á servir de refugio á los correos ó viajeros sorpren-

didos por una tormenta de nieve, cuando asomó á lo lejos una caravana.

Sarmiento siempre dispuesto á la expansión, al entusiasmo y á los alegres arrebatos, picó espuelas á su cabalgadura ansioso de recibir de labios de aquellos desconocidos, noticias de la República Argentina.

Los supuestos viajeros eran soldados pertenecientes á la división del general Lamadrid, que derrotada por Rosas huia á través de Los Andes.

Sin vacilar un momento Sarmiento volvió grupas á su cabalgadura á fin de adelantarse á la columna de dispersos, hambrientos y medio desnudos, para prepararles en Chile alimentos, abrigos, etc.

Ese gran corazón, ese magno desinterés que toda la vida reveló Sarmiento, esa generosidad origen de su pobreza, apareció entonces de cuerpo entero. El polemista olvidó por unos dias sus peleas de prensa, el encono de sus adversarios y todos sus contratiempos, y se entregó de lleno á la noble tarea de reunir socorros para sus compatriotas fugitivos y descalzos.

Ayudado por don Pedro Bari, que le servía de secretario colectó en la ciudad de Los Andes un poco de dinero. Compró y reunió artículos de abrigo, viveres, tabaco, etc. y les envió todo esto á los derrotados que seguian avanzando lentamente con los pies destrozados por los guijarros ó quemados por la nieve de

la cordillera. Doce peones conducian estos auxilios y tenian orden de cargar sobre sus hombros á los más fatigados de los dispersos.

Escribió desde Los Andes á D. Manuel Montt y á otros personajes de Chile implorando su apoyo para los derrotados que llegaban. Se dirijió al director del teatro de Santiago, pidiéndole que organizara una función á beneficio de aquellos soldados y escribió un articulo que remitió á «El Mercurio» llamando á las puertas de la sociedad chilena.

Terminada su tarea y lleno de la más noble satisfacción, se dirijió á Santiago. Allí se encontró con que sus enemigos listos siempre para calumniarlo, le habían jugado una nueva mala pasada, esparciendo la voz de que había malversado los fondos reunidos para socorrer á los fugitivos.

El general Las Heras salió á su defensa y lo vindicó.

Entonces regresó de nuevo á la redacción de «El Mercurio», iniciando en las columnas de aquel diario una borrascosa campaña periodistica que prosiguió después en «El Progreso» de Santiago y que debía prolongarse por más de cinco años en aquellos y en otros periódicos. De esa campaña saldría Sarmiento con el alma deshecha y los nervios destrozados, bajo el peso de una lluvia de improperios, que no cesó un solo día.

IV

Provocación y desafio - Propósito de Sarmiento. - Picar el amor propio. - Polvareda que levanta. - Sus detractores. - "El Desenmascarado". - "El Diario de Santiago". - Cinco años de riña. - Se declara vencido.

El polemista volvió á empuñar sus armas con mayores brios y reanudó sus labores periodisticas, rompiendo lanzas con medio mundo y desafiando á la opinión pública. Su actitud belicosa y agresiva provocó una descarga cerrada de sus adversarios que no consiguieron con esto, sino acentuar el estilo cáustico del proscrito.

«Sarmiento, según la expresión de Domingo Arteaga, vino á *picar el amor propio* de los chilenos, el más sensible de sus afectos, inquiriendo con tono contundente y tremendo, cuales eran nuestras obras literarias, donde estaban nuestros poetas, donde nuestro desarrollo literario.» (1)

(1) Alejandro Fuenzalida. — «Lastarria y su tiempo» página 70 Tomo I.

Entusiasmado con la resonancia de sus polémicas multiplicó sus críticas y sus sátiras. Se complacía en sublevar á sus lectores, sembrando en sus artículos palabras descorteses y ofensivas.

El audaz escritor se vió pronto acosado. Empezaron entonces á aparecer en los diarios y periódicos de la época «una serie de comunicados con que *Un Chileno*, *Dos Chilenos*, *Diez Chilenos*, *Mil Chilenos*, me estuvieron fastidiando durante cinco años con las sandeces y las chocarrerías más vulgares» (palabras de Sarmiento).

Le salieron á la vez al frente los españoles por considerarlo su enemigo, los miembros del clero, tomándolo por impío, los estudiantes, todo el mundo, en fin, alistados en una especie de cruzada patriotica contra el provocador.

Más, ni por eso se arredró Sarmiento, que picando espuelas y cual otro caballero andante, se lanzó contra la opinión pública.

Algunos se propusieron reducirlo á silencio valiéndose de medios reprobables y desde las columnas de «El Desenmascarado» y de «El Diario de Santiago» lo injuriaron y lo vejaron.

—¡Qué lucha aquella tan obstinada y tan cruenta! exclamaba años después.

Cansado de soportar improperios, decidió en una ocasión separarse de «El Progreso» diario que redactaba en compañía de su leal amigo

D. Vicente Fidel Lopez, escritor eminente que comparte con Sarmiento la supremacia de las letras argentinas.

Al saber su determinación el ministro D. Manuel Montt, lo mandó llamar y le dijo refiriendose á sus detractores.

—Es preciso que escriba V. un libro, sobre lo que V. quiera y los confunda.

Tal vez, obedeciendo ese sano consejo, publicó con el titulo de «Vida de Aldao» un libro de interés dramático, lleno de pinceladas maestras que sirven de marco refulgente á un cuadro, tétrico en cuyo fondo se alza la sombria y sanguinaria figura del fraile Aldao.

Quizás escuchando la indicación del gran estadista chileno, puso también manos á «Facundo», una de las obras más hermosas y más originales de la literatura hispano-americana.

En 1843 fatigado de polémicas y harto sin duda de soportar la pobreza, que no lo abandonaba, resolvió irse al norte de Chile á buscar fortuna en Copiapó, centro minero en el que ya había vivido y en el cual contaba con amigos. Don Manuel Montt, lo disuadió.

Prosiguió, á más no poder en sus tareas periodisticas, proponiendo todos los dias innovaciones y reformas. Sostuvo en medio de sus grandes ideas algunas extravagancias en materia ortográfica. Sarmiento era partidario de una escritura fonética, suprimia la y, la h y predi-

caba otras modificaciones gramaticales, que él mismo para dar el ejemplo, ponía en práctica en sus cartas y sus escritos. De allí provino la fama que le dieron sus adversarios, acusándolo de escritor incorrecto y de ignorar las reglas ortográficas.

Encaprichado con esas reformas, que ya le habían merecido una reprimenda del famoso filólogo y literato venezolano D. Andrés Bello, y por sostener porfiadamente otros temas de discusión tornó á sus desafíos de pluma y se envolvió en polémicas apasionadas con el espiritual Jotabeche y con D. José Victorino Lastarria.

El intelijente escritor chileno señor Alejandro Fuenzalida, en su interesante obra «Lastarria y su tiempo» dice á propósito de esas polémicas:

«Las procacidades subieron tanto de punto, que llegó vez en que Lastarria y Sarmiento estuvieron en un tris de irse á las manos, como vulgarmente se dice. «De ello dan testimonio las dos cartas siguientes del 22 de Abril de 1845.»

«Señor don Victorino Lastarria.— Muy señor mio.—No deseo explicaciones de parte de V. y no estoy dispuesto a darlas tampoco. Como V. no ha podido estorbar que «El Siglo» me injurie, me eche en cara que soy asalariado y extranjero, no obstante habérmelo prometido, y como no se quién escribe en él, sino que V. es el director de la imprenta para su negocio y para

su elevación política, me dirijiré á V. siempre que quiera desbaratar los hipócritas ataques de su diario y descubriré al público los motivos puramente personales que V. tenga para llevar ud diario. Esta prevención le indicará á V. que toda armonía é intelijencia entre ambos ha cesado y que no quiero ser el juguete de V. ó de sus órganos. Quedo de V.—*Sarmiento.*

La contestación no se hizo esperar.

«Señor Sarmiento.—Acuso recibo de la declaración de guerra que V. me hace, previniéndole que no toleraré de V. ofensa ninguna contra mi honor.—*Lastarria.*»

Los vocablos *miserable*, *cinico*, *asalariado*, *cobarde*, *falaz*, *alevoso*, *anarquista*, *desorganizador*, con que resonaba el aire, fueron solo tempestades de verano, hijas de la situación.»

No lo creyó asi Sarmiento. Sobre todo cuando «El Desenmascarado» y «El Diario de Santiago» comenzaron otra vez con la misma música.

Así lo demuestran estas frases estampadas en sus «Recuerdos de Provincia»:

«En «El Desenmascarado» se reunió en mi daño todo lo que hay de encono en el corazón del hombre: la calumnia confesada, el tizne, el barro, la inmundicia arrojada al rostro.... «El Diario de Santiago» que tantas infamias publicó contra mi, etc.»

Pero la medida de las cosas se había colmado. Oigamos á Sarmiento:

«Un dia la exasperación tocó en el delirio. Estaba frenético, demente y concebí la idea sublime de desacierto de castigar a Chile entero, de declararlo infame, ingrato, vil. Escribí no sé qué diatriba. Púsele mi nombre al pié y llevéla á la imprenta de «El Progreso».

Para felicidad de Sarmiento ese estallido no salió á luz, y el polemista rendido ya y sin ánimo para proseguir por tan áspera ruta, resignó de nuevo el puesto de escritor «para escapar á la vileza de los medios puestos en ejercicio para fatigarme» son sus palabras.

Le asaltó entonces la idea de ir á buscar su porvenir en Bolivia, pero también lo disuadió D. Manuel Montt, acosejándole que emprendiera más bien un viaje á Europa. Era ya tiempo. El terrible gladiador rodaba por tierra, vencido en aquella furiosa polémica de seis años consecutivos y en la que tres implacables adversarios, cuyos nombres cayeron después en la obscuridad y en el desdén público de Chile, vaciaron sobre la dignidad de Sarmiento todo cuanto de inmundo puede concebir la procacidad humana.

En 1846 abandonaba las playas de Valparaiso y partia para Europa.

Don Manuel Montt, que fué su Mecenas, lo enviaba con un pequeño sueldo á estudiar la organización de la instrucción pública en Francia, España, Italia, etc.

V

Sarmiento se adelantó á su época. - Era un hombre del siglo XX. - Su visión del porvenir. - Sus cualidades de diarista. - Campañas en "El Progreso". - Defensa del general Santa Cruz. - Juicio sobre los congresos panamericanos. - Polémica con "El Comercio" de Lima.

Retrocediendo un momento, veamos cuál fué su labor en «El Progreso» de Santiago. En este diario, el primero que apareció en la capital chilena subió muchos peldaños su reputación periodística.

Cada uno de los artículos publicados entonces era una nueva revelación de su poderoso talento. Allí dilucidó las cuestiones más palpitantes con criterio y estilo completamente modernos. Al leer hoy mismo, al cabo de más de sesenta años, cualquiera de esos editoriales, se diría que pertenecen á un diario de la fecha en que vivimos. Tal es la frescura del concepto y del estilo.

Sarmiento no fué ni periodista, ni escritor, ni estadista de su época. Adelantándose á su tiempo en muchos años, contempló los hombres y las cosas con el mismo golpe de vista, con que las vemos nosotros ahora. Era un hombre de 1911 y le tocó actuar en 1810-88.

De ahí su constante desacuerdo con la mayor parte de los que figuraron á la par que él, especialmente con Rawson.

De Sarmiento puede decirse, que miraba los sucesos con telescopio y allí donde las personalidades de su época no divisaron nada, vió descorrerse por completo el velo que envolvía á la República Argentina y estuvo cierto de dos cosas; de que en torno suyo reinaba la barbarie y de que el porvenir sería cosa muy distinta. Vió antes que nadie esta era de cultura, civilización y prestigio nacional y la vió cuando las tinieblas lo envolvian.

Tenía la perspicacia propia del periodista, pero la tenía desarrollada en el más alto grado. Porqué antes que nada era ese su dón: ver venir las cosas, y adivinar el futuro de la vida.

Muchos han ido á buscar en Sarmiento, al educacionista, al filósofo, al propagandista, al hombre de estado, etc. Fué todo esto es cierto, pero principalmente y por encima de todo un gran diarista, un diarista de tal magnitud, que no nos es posible leer sus artículos de hace medio siglo y de más atrás, sin sentir el interés,

la emoción y la simpatía, que nos produciría, un artículo escrito y publicado anoche ó esta mañana por cualquiera de los grandes redactores de nuestro tiempo.

Imaginémonos á Sarmiento nacido cincuenta años después y actuando en nuestros dias ¿Qué puesto ocuparía? ¿Quién le disputaría la supremacia periodística y política? ¡Qué artículos los que leeríamos brotados de su pluma, sobre todos los problemas del momento!

Tomemos al acaso unos párrafos de los editoriales publicados en «El Progreso» en 1844 para comprobar nuestras afirmaciones:

El 19 de Octubre de aquel año tomó á su cargo la defensa del general Santa Cruz, que después de haber organizado y presidido la confederación perú-boliviana, se veía prisionero de Chile, á bordo de un buque de guerra, y reclamaba su libertad por medio de una nota dirigida al ministro de relaciones exteriores. Esa nota le inspiró á Sarmiento, los siguientes nobles conceptos:

«Grande sensación ha causado la comunicación y protesta del general Santa Cruz dirigida al ministro de relaciones exteriores. La voz de un hombre que en otro tiempo ha ocupado altos destinos; de un hombre que pudo imprimir el sello de su voluntad á los acontecimientos y que ahora yace en la desgracia y en el desvalimiento, tiene sin duda algo de solemne

y de grave, que despierta naturalmente las simpatías de cuantos lo escuchan. La misma voz que mandó ejércitos que se movían á su impulso, la que decretaba leyes, que servían de norma á un pueblo entero, es la que ahora se levanta del fondo de una prisión, para pedir, no ya el poder de que la mano férrea de los acontecimientos lo ha despojado sino la libertad de moverse de obrar libremente fuera del círculo que se le ha marcado.»

«La proclama del General Santa Cruz ha debido excitar en el público las simpatías que todo hombre bien dispuesto se siente arrastrado á conceder á las víctimas de grandes desgracias, etc.»

Hay que tener en cuenta que Sarmiento escribía este artículo, cuando Santa Cruz era un político odiado por Chile, por Bolivia y por el Perú. Salir en su defensa era echarse encima una montaña.

Ese mismo año de 1844 el ministro del interior Irarrázabal lanzó en su memoria la idea de un congreso panamericano. Sarmiento con la clara percepción que tenía de las cosas y no obstante su amistad con el presidente general Bulnes y con el ministro de justicia Montt, combatió en las columnas de su diario las ideas de Irarrázabal por considerar que el Panamericano era una utopia, que no produciría resultados prácticos.

En «El Progreso» del 10 de Octubre de 1844 se expresa así:

«La idea de reunir un congreso de enviados de todas las repúblicas americanas, no es nueva ni pertenece á un Estado, ni á un ministro particular. Es una utopía tan antigua como la independencia y que ha hallado acalorados sostenedores, en plumas tan aventajadas como la de M. de Pradt y otros estadistas.

«Y cuando llamamos á esto una utopía, no es porqué dudemos un momento de que al fin lleguen á reunirse los diversos agentes en el lugar señalado, que se haga el canje de poderes, se abran las sesiones y se sancionen algunos puntos de derecho internacional americano. Después de realizadas todas estas cosas de pura forma, todavia nos parecerá una utopia el congreso americano, una utopia de las muchas que se intentan en América, sin resultado alguno positivo,» etc.

Dándose tiempo para todo, Sarmiento detuvo una estocada que le dirijia «El Comercio de Lima», diario ya famoso en aquella época, consagrándole los siguientes párrafos en defensa de sus reformas ortográficas.

«A propósito de reformas ortográficas, reproducimos gustosos una parodia insertada en «El Comercio» de Lima. Nuestros lectores hallarán como nosotros llena de espiritu y de sal esta pieza en que si no domina el razonamiento, no

es por eso menos incisiva y notable. Es una de esas risotadas, que sueltan los que sienten la fuerza de la razón, aunque prefieren siempre lo que les recomienda el hábito y la pereza. No hemos dejado de extrañar que el ilustrado «Comercio» de Lima, no haya hasta ahora dado un lugar en sus páginas á la sanción de la Universidad de Chile, mientras que suele favorecer con su reproducción algunas otras piezas de menos consecuencias. El espiritu de la graciosa parodia que publicamos, deja traslucir algo de ese mezquino celo internacional, que tanto perjudica al progreso de las luces en América y á la fusión de todas sus secciones en una sola familia, etc.

¡Quién diria que este articulo, que parece redactado ayer en alguno de los diarios modernos es de «El Progreso» del 17 de Julio de 1844!

VI

Sarmiento en Montevideo. - Exito de "Facundo" - De paso por Rio Janeiro. - Su llegada á Francia. - Relación con San Martin y Pueyrredón. - En los Estados Unidos. - Su amistad con Horacio Mann. - Regreso á Chile. - Su matrimonio.

El velero «Enriqueta» á cuyo bordo hizo su viaje Sarmiento, partió de Valparaiso en Octubre de 1845. En aquella época era indispensable dar la vuelta por el Cabo de Hornos. La navegación fué larga y algo penosa, llegando la «Enriqueta» á Montevideo en Diciembre de 1845 cuando la Troya Americana justificando su nombre, estaba sitiada por un ejército argentino al mando de un general uruguayo, en tanto que defendía la ciudad un ejército uruguayo mandado por un general argentino.

Una grata sorpresa, que halagó vivamente su amor propio de escritor, esperaba á Sarmiento en Montevideo. «El Nacional» publicaba en esos dias como folletin su famoso «Facundo».

Seria de ver la cara de regocijo, con que aquel peleador insigne, tan fustigado en todas partes, tomaba entre sus manos el primer número que le presentaron de «El Nacional» y en el que con grandes letras se destacaba el título de su libro.

Dos meses después proseguia su viaje. Se detenía en Rio Janeiro cuya soberbia belleza lo dejaba extasiado, y llegaba á Francia en Mayo de 1846, gozándose en estrechar las manos de San Martin y Pueyrredón.

Condenado casi toda su vida á errar de pueblo en pueblo, cumplió su destino visitando rápidamente Paris, Madrid, Roma, el norte de Africa, etc. Partió después para Estados Unidos, estuvo en el Canadá, en la Habana, y regresó á Chile por Panamá, pasando por Lima donde se detuvo varios meses.

De todo su viaje la parte más provechosa fué su permanencia en Estados Unidos. Allí conoció á Horacio Mann, el gran reformador de la instrucción primaria, cuyas ideas tanto debian influir sobre Sarmiento. En Estados Unidos estudió la admirable organización de las bibliotecas populares, que con tan noble empeño trató después de imitar en la República Argentina, y se transformó de unitario en federal, encantado con la forma de gobierno y la constitución norteamericana.

Tres años hacía que peregrinaba por mares y

por tierras, cuando arribó á Valparaiso á fines de 1848, á bordo de uno de los vapores que iniciaban la carrera entre el Callao y la costa de Chile. Poco después contrajo matrimonio con una dama argentina, doña Benita Martinez Pastoriza, viuda de don Domingo Castro y Calvo. La viuda tenía un hijo de tres años. Sarmiento que no era hombre de hacer las cosas á medias lo adoptó en el acto y le dió su apellido. Este fué aquel Dominguito, que años más tarde debería sucumbir en la guerra del Paraguay, llenando de amargura el corazón de Sarmiento, que lo quería como á su propio hijo.

Trabajador encarnizado volvió de nuevo á sus labores favoritas. Fundó una imprenta asociado al editor francés Julio Belin, vinculado más tarde á la familia de Sarmiento, por su matrimonio con Ana Faustina, hija del autor de «Facundo».

En la imprenta de Belin editó dos volúmenes titulados «Viajes por Europa, Africa y América» y «Educación Popular», libro este último en el que se ocupó de la educación de la mujer, escuelas normales, planes de estudios, etc.

El 28 de Enero de 1849 volvió á izar su bandera de combate en el semanario «La Crónica», que fundó para combatir á Rosas, negándole á éste, con una valentía y una independencia propias de Sarmiento, el derecho de disputarle á Chile la posesión del estrecho de Magallanes,

teoria con la que dió margen á que más tarde lo calificaran en su pais de traidor á la patria. Era el epíteto en boga y ni el mismo Alberdi se escapó de ser atacado en esa forma. La manera más cómoda en aquellos tiempos de desembarazarse de un adversario político era tacharlo de traidor. Por una estraña aberración fueron tildados de traidores los hombres que justamente le prestaron más grandes servicios á su pais.

Tuvo que soportar entonces una nueva lluvia de improperios. Esta vez era Rosas y sus secuaces quienes lo tomaban por blanco, con motivo de una carta dirijida por Sarmiento al general Ramirez, censurando á Rosas. Indignado el Restaurador la hizo publicar, habló del asunto en su mensaje, y se dirijió por circular á los gobernadores de provincia enviándoles copia de la carta y de una nota diplomática en que reclamaba de Chile que hiciera callar á Sarmiento. Este continuaba golpeando á Rosas en sus periódicos. El dictador por su parte, en documentos oficiales y en los órganos de su prensa lo hacía calificar con todo género de ultrajes: infame, inmundo, vil, salvaje, traidor, loco, envilecido, protervo etc.

«Mi nombre anda envilecido en boca de mis compatriotas. Asi lo encuentran escrito siempre, así se estampa por los ojos en la mente y si alguien quisiera dudar de la oportunidad de

aquellos epítetos denigrantes, no sabe qué alegarse á sí mismo en mi escusa, pues no me conoce, ni tiene antecedente alguno que me favorezca.»

En 1850 publicó uno de sus mejores libros, «Recuerdos de Provincia», á imitación de las obras puestas en boga por Chateaubriand, con sus «Memorias de Ultratumba», Lamartine con sus «Confidencias», etc. Al año siguiente fundó «Sud América», revista quincenal, cuyo principal objeto era combatir á Rosas. Este por medio de su agente diplomático en Santiago había tratado de reducirlo á silencio; pero sin conseguirlo, por que el gobierno de Chile no se preocupó gran cosa de la reclamación formulada con tal objeto.

Llegamos por fin al mes de Septiembre de 1851 y nos encontramos con Sarmiento en Valparaiso, dirijiéndose á bordo de la fragata «Medicis», que debería conducirlo por el Cabo de Hornos á Montevideo, en compañia de los coroneles Paunero, Aquino y el comandante Bartolomé Mitre. Este acababa de hacer también gran papel en la prensa chilena.

Los cuatro viajeros iban á prestar su concurso en la última campaña para librar á la República Argentina de la tiranía de Rosas.

VII

Un poema épico - "Facundo" - Éxito de este libro - Bellezas que encierra - Magníficos trozos de estilo - Dos bonitos episodios Quiroga y el Tigre - Historia de Severa Villafañe.

Antes de proseguir, detengámonos un momento, para admirar aquel maravilloso libro, el más alto pedestal de la fama de Sarmiento.

Escrito en 1845 «Facundo» apareció primero como folletín en las columnas de «El Progreso» y dió en pocos meses la vuelta á la América entera. Lo reprodujo, como hemos visto, «El Nacional» de Montevideo, y su fama, llegó hasta Europa. En París lo comentó en términos muy favorables «*La Revue de deux mondes*». Fué poco después traducido en los Estados Unidos al inglés y se dió á conocer en los principales idiomas.

«Facundo» es un poema épico, escrito en prosa. El autor principia por describir la República Argentina, sus tipos y sus costumbres y

toma como pretexto de su obra maestra al feroz montonero Juan Facundo Quiroga, que compartió con Rosas el dominio dictatorial de su patria. Rosas reinaba en Buenos Aires y las provincias fluviales. Facundo imperaba en el resto del país.

Pinta en este libro el autor en cuadros llenos de colorido y de vida la lucha entre los bárbaros habitantes de las praderas y la gente culta de las ciudades, gente que desaparece al fin pisoteada y deshecha bajo los cascos del caballo del Atila argentino.

Arrastra consigo al lector en una galopante carrera tras de las huestes salvajes de Facundo, lo hace asistir á flagelamientos, torturas, fusilamientos y mil escenas de desolación y de sangre, obligalo á correr tras la nube de polvo que levantan los ginetes del indomable montonero, lo hace escuchar los ayes de las víctimas, y presenciar tras una serie larga de crímenes que espantan, el fin del tirano, que cae asesinado por Santos Pérez en medio de un camino.

Muerto Quiroga, Rosas fué el amo absoluto. Por eso el libro, consta de tres partes. La primera está consagrada á describir la República Argentina, la segunda á Facundo y la tercera dedicada á Rosas, es el proceso de la dictadura.

La obra comienza con estos párrafos, que por la sobriedad del estilo parecen extraidos

de Tácito, ó cualquiera de los grandes historiadores romanos:

«El continente americano termina al sur de una punta en cuya extremidad se forma el estrecho de Magallanes. Al oeste y á corta distancia del Pacífico se extienden paralelos á la costa los Andes chilenos. La tierra que queda al oriente de aquella cadena de montañas, y al occidente del Atlántico, siguiendo el río de la Plata hacia el interior por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del Río de la Plata y en el que aún se derrama sangre por denominarlo República Argentina ó Confederación Argentina. Al norte están el Paraguay y Bolivia, sus límites presuntos.

«La inmensa extensión de país, que está en sus estremos, es enteramente despoblada, y en sus rios navegables parece que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja á la República Argentina, es la extensión. El desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas. La soledad, el despoblado, sin una habitación humana, son por lo general los límites incuestionables, entre unas y otras provincias. Allí la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores ténues, que no dejan en la

lejana perspectiva señalar el punto en el que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas sobre los ganados que pacen en los campos y en las inmensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas, que atraviesa pesadamente las pampas y que se detiene á reposar por momentos, la tripulación reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el sur, al más ligero susurro del viento, que agita las hierbas secas para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje, que puede sorprenderla desapercibida, de un momento á otro.»

Cada capítulo contiene episodios, que son magníficos trozos de estilo. Véase como relata el peligro corrido por Facundo, perseguido por un tigre, en medio de una pampa desolada:

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oir bramar el tigre á lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del chancho, pero agrio, prolongado, estridente, y sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después el bramido se oyó

más distinto y más cercano: el tigre venia ya sobre el rastro, y sólo á una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

«Al fin arrojando la montura á un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar á su copa y mantenerse en una continua oscilación medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena, que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba á paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia, á medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que aquel se había separado del camino y pierde el rastro. El tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco vuelve á buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va y levantando la vista divisa á su presa, haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña, cuando las aves se posan en sus puntas.

«Desde entonces ya no bramó el tigre, acercábase á saltos, y en un abrir y cerrar de ojos,

sus poderosas manos estaban apoyándose á dos varas del suelo sobre el delgado tronco al que comunicaban un temblor convulsivo, que iba á obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente: dió vuelta en torno del árbol, midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante, que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado á debilitar sus fuerzas y ya se veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba á caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación.

«En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena y volar á él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre «empacado» ciego de furor fué la obra de un segundo. La fiera estirada á los lazos no pudo escapar á las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía, la traspasó el que iba á ser su víctima.»

Hay en las páginas de «Facundo» otro episodio, que es un trozo literario primoroso. Es el siguiente:

«La historia de la Severa Villafañe es un romance lastimero, es un cuento de hadas en que la más hermosa princesa de sus tiempos anda errante y fugitiva, disfrazada de pastora unas veces, mendigando un asilo y un pedazo de pan otras, para escapar á las acechanzas de un gigante espantoso, de algún sanguinario Barba Azul. La Severa ha tenido la desgracia de excitar la concupiscencia del tirano, y no hay quien le valga para librarse de sus feroces halagos. No sólo es virtud la que le hace resistir á la seducción: es repugnancia invencible, instintos bellos de mujer delicada, que detesta los tipos de la fuerza brutal porque teme que ajen su belleza. Una mujer bella trocará muchas veces un poco de deshonor propio, por un hombre célebre; pero de esa gloria noble y alta, que para descollar sobre los hombres no necesita de encorvarlos ni envilecerlos á fin de que en medio de tanto matorral rastrero, pueda alcanzarse á ver el arbusto espinoso y descolorido. No es otra la causa de la fragilidad de la piadosa madama Maitenon, la que se atribuye á madama Roland y tantas otras mujeres, que hacen el sacrificio de su reputación por asociarse á nombres esclarecidos. La Severa resiste años enteros. Una vez

escapa de ser envenenada por su tigre en una pasa de higo; otra el mismo Quiroga despechado toma opio para quitarse la vida. Un día se escapa de las manos de los asistentes del general, que van á estenderla de pies y manos en una muralla para alarmar su pudor; otro, Quiroga la sorprende en el patio de su casa, la agarra de un brazo, la baña en sangre y bofetadas, la arroja por tierra y con el tacón de su bota le quiebra la cabeza. ¡Dios mío! ¿No hay quien favorezca á esa pobre niña? ¿No tiene parientes, no tiene amigos? ¡Si tal! Pertenece á una de las primeras familias de la Rioja, el general Villafañe es su tío, tiene hermanos que presencian estos ultrajes, hay un cura que le cierra la puerta cuando viene á esconder su virtud detrás del santuario. La Severa huye al fin á Catamarca y se encierra en un beaterío. Dos años después pasa por allí Facundo y manda que se abra el asilo y la superiora traiga á su presencia á las reclusas. Una hubo que dió un grito al verlo y cayó exánime ¿No es este un lindo romance? ¡Era la Severa!

«Facundo» está lleno de digresiones y disertaciones con las que á cada paso corta, interrumpe, y desgrana el autor su relato, extendiéndose sobre todos los temas que le interesan. Esta manera de escribir es característica de Sarmiento y corresponde á la escuela romántica entonces en boga. Así escribían todos los

grandes literatos de la época incluso Víctor Hugo, cuya «Nuestra Señora de París» está repleta de digresiones.

Pero, con todo eso, Facundo es un libro muy interesante y está impregnado con una especie de fragancia campestre, que hace aspirar sus páginas con verdadera delicia.

VIII

La caída de Rosas. - Entrada triunfal en Buenos Aires. - Desacuerdo con Urquiza, - Partida para Rio Janeiro. - Publica un nuevo libro. - "La campaña del ejército grande". - Polémica con Alberdi. - Sarmiento en Buenos Aires. - Redactor de "El Nacional".

Vino á la República Argentina, entró triunfalmente en Buenos Aires al lado de los generales Urquiza, Virasoro y demás vencedores de Rosas, volvió á partir desengañado de Urquiza, que no modificó la política de su antecesor y conservó en sus puestos á los gobernadores de provincia, en particular á Benavides, el tiranuelo de San Juan.

Esta vez se dirijió á Rio Janeiro, Allí escribió uno de sus libros más interesantes, «Campaña del Ejército Grande», relatando las peripecies de la guerra emprendida contra Rosas, por argentinos, brasileros y uruguayos unidos. El libro apareció en 1852 y tenia por fin principal combatir al general Urquiza. Sarmiento cometió la travesura de dedicárselo á Alberdi, es-

tablecido en Chile y amigo de aquel candidato. Alberdi no le perdonó á Sarmiento esa lijereza.

Palpita la vida en las páginas de este libro tan poco conocido y en el que derramó á torrentes los colores de su fantasía.. Una de las partes más interesante es aquella en que relata la entrada triunfal á Buenos Aires del general Urquiza y sus tropas, después de la batalla de Caseros.

«Entramos, dice Sarmiento, por la calle de la Florida, ambos generales á la cabeza, (Virasoro y Urquiza) y los edecanes y séquito enseguida. Iba el general en un magnífico caballo, ensillado con recado, cuya carona de puntas tenía pinturas de mucho gusto, pero de mal género, como son todos estos arreos provincianos. El fiador, manea, pretal, cañas de los estribos y espuelas eran de plata, recamados de oro con arte exquisito.

Llevaba el general una rica espada vaina dorada de las tomadas á Oribe, casaca con bordado en el cuello, bandera rojas sín charreteras y sombrero de paisano, con cinta y un poco inclinado hacia adelante. Buenos Aires es, como se sabe, uma ciudad muy elegante, Rosas fué vencido en este punto y Manuelita misma había acabado con los chapeados de plata, espolones y toda esas sarandajas, que hacen parecer un mameluco ó un árabe á nuestros ginetes de campaña, haciendo malbaratar á hombres que

nada poseen doscientos ó quinientos pesos en estos arreos. Toda la población de Buenos Aires, monta en silla sin mandil, con el rigorismo inglés, que es el tipo dominante. El general Guido que habia salido á recibir al general iba con sombrero apuntado, charreteras, casaca bordada y un rosario de medallas y sus edecanes vestían traje militar más complejo que el general, aunque no llevasen tanto chapeado en sus caballos.....

«El general además, por gravedad ó encojimiento, afectaba una tiesura impeturbable, sin volver la cabeza á este ó al otro lado....

«Entramos pues en la calle de la Florida, y cuán larga es á distancia de varas en los primeros y segundos pisos estaba decorada de banderas celeste que las familias habian hecho teñir, por no encontrar tela en Buenos Aires, después de veinte años de tiranía.....

La población de toda la ciudad estaba aglomerada sobre las azoteas de las casas, apiñada á las ventanas y los hombres en las veredas. Las niñas ostentaban chales, corbatas ó vestidos celestes, con la pasión que nuestras mujeres tienen por este color, y con el deseo despertado por una privación de veinte años. Cada casa se había vuelto desde la caida de Rosas una tintoreria, mientras de Montevideo traían géneros celestes. La aversión al colorado era tal, que la casa de los Dragos habiendo

recibido dos años antes tres cajones de groses de aquel color los había devuelto á Francia, pues ni en el martillo tenían precio.....

.....

«Este día Buenos Aires fué sublime! Era un monumento de la grandeza humana evocada de entre la sangre y las ruinas. Pareciame que el genio de la república estaba ahí lleno de andrajos, de cicatrices, de heridas, pero sereno, tranquilo, sin humillación.....

«El triunfo llegó á la plaza, donde en el frontis griego de la catedral se había elevado una gradería para dar asiento á ochocientas señoras de lo más distinguido. Los vivas al general, al libertador, eran cordiales, entusiasticos, sinceros.....

«Pasaron batallones entrerrianos, pasaron batallones correntinos, pasaron batallones de Buenos Aires con los chiripás y camisetas rojos, desaliñados y fatigantes por la monotomia de este color, tan ofensivo á la vista, etc. etc.»

Publicado este libro Sarmiento regresó á Chile. Encontró allí de presidente á don Manuel Montt, que perseverante en protejerlo le confió la dirección del «Monitor de las Escuelas» y le prestó como siempre su apoyo.

Por esta época (1853) se produjo su violenta polémica con Alberdi, que contrariado por la inusitada dedicatoria que de su último libro le había hecho Sarmiento, publicó sus «Cartas so-

bre la prensa y la política militante de la República Argentina».

Herido Sarmiento contestó con una serie de panfletos titulados: «Y va de zambra» «Sigue la danza» «Ya escampa».

Alberdi replicó en otras cartas con las cuales en estilo fino y culto batió al autor de «Facundo».

En medio de esa polémica se dió tiempo para iniciar una de las grandes ideas de su vida: la fundación de bibliotecas populares y tradujo en 1854 la «Historia de los descubrimientos modernos de Figuier», obra excelente, que debía servir de modelo para lecturas populares.

Los años mientras tanto transcurrían, Sarmiento había visto pasar los días de su juventud, sin saborear sino amarguras y sin tener siquiera el consuelo de vivir en su patria al lado de los suyos. Era cierto que había encontrado una bandera que lo cobijaba, pero esa bandera era extraña y eran los colores celeste y blanco de su estandarte los que lo atraían.

Abandonando entonces las comodidades relativas de que disfrutaba en Chile, se dirigió nuevamente á Buenos Aires deteniéndose algunos días en San Juan.

En Buenos Aires fué recibido friamente, pero asumió en Julio de 1855, y á poco de su arribo, la redacción de «El Nacional» desde sus co-

lumnas inició una de las campañas periodísticas mas brillantes que registra los anales de la prensa argentina y se impuso en tres años de labor diaria, á la consideración y al afecto del público porteño.

Uno de los artículos publicados por Sarmiento despertó sobre él la curiosidad general y le atrajo las simpatías de todo Buenos Aires. Era una hábil defensa del violento ataque formulado en las columnas de «O Jornal do Comercio» de Río Janeiro contra las repúblicas americanas. El tiro iba dirigido directamente á la República Argentina. Sarmiento saltó y en «El Nacional» del 13 de Octubre de 1858, publicó un artículo titulado «Las Republiquetas» al que pertenecen los siguientes párrafos:

«El Jornal do Comercio» de Río de Janeiro publica un larguísimo artículo sobre estos países en que son pintados en la más repugnante corrupción, incapaces de toda organización regular y casi de toda sociabilidad, indignos de ocupar un rango entre las naciones. En fin, como unas despreciables republiquetas— así nos llama.—

«El insulto no abona ni la razón, ni la educación del que lo emplea. No se desprecia á quien se quiere, sino á quien se puede. Con llamar «republiqueta» á un pueblo «hambriento» á un ciudadano no se hace más que patentizar que hay algo en ese pueblo, ó en ese ciuda-

no, que humilla el orgullo de quien se empeña en rebajarlos.

«El escritor que tanto desprecio ostenta por este pueblo, entre el cual dice haber vivido recientemente no ha reflexionado que cuanto más se esfuerce en empequeñecernos, más abate á su patria.

«Si como asegura ha vivido en Buenos Aires ha debido ver colgados en los templos banderas brasileras.

«Ha debido preguntar ¿qué hacen en sus bóvedas esas banderas? Ha debido saber que ellas fueron arrancadas en noble lucha al poder del imperio por el poder de las «republiquetas» que pisaron impunemente su territorio y dejaron allí eternas las glorias de sus pasos.

«Ha debido oir la historia de ese encuentro, no diremos de dos pueblos, sino de dos sistemas en que no cupó la mejor parte á la pomposa monarquía, gigante de pies de barro, que el primer amago de las «republiquetas» hubo de arrear para siempre del pedestal en que se bambolea.

«No seremos nosotros los que negaremos todo lo que hay de cierto en el juicio de estos países.

«Existen en ellos intereses inmorales y si no existiesen ¿cómo hubiéramos sido víctimas de la tiranía de Rosas, cómo se explicaría la apoteosis de Oribe, cómo se comprendería la

subsistencia de Urquiza al frente de trece provincias?

Pero esos intereses inmorales, son lo mismo aquí que en el Brasil—ya ve que hacemos justicia á su patria—porque jamás es inmoral la mayoría de un pueblo, ni en sus intereses, ni en sus sentimientos, aun cuando sean falsos, como pueden serlo las ideas que en su seno, predominen» etc.

Con este y otros artículos las puertas de la vida pública se abrieron de par en par para Sarmiento que comenzando por el cargo de miembro de la primera municipalidad organizada después de treinta años, que no existía, pasó después á ejercer la dirección de escuelas, puesto en el que prestó grandes servicios á la instrucción pública. En 1857 fué elegido senador provincial y luego ministro de gobierno.

No faltaron en «El Nacional» sus polémicas ¡qué iban á faltar! Sarmiento sostuvo duelos periodísticos con Francisco Bilbao, Nicolás A. Calvo y Juan José Soto. Esta última polémica terminó en la calle Florida. Soto y Sarmiento se agarraron un día á bastonazos y bofetadas yendo á parar á la comisaría.

IX

Gobernador de San Juan - Situación de esa provincia en 1862 - Desolación y escombros - La obra de Sarmiento - Guerra al bandolerismo - El último montonero argentino - Angel Vicente Peñaloza, (a) El Chacho - Su retrato - Su derrota y su muerte - Beneficios que le produjo á San Juan la gobernación de Sarmiento.

Fué la vida de Sarmiento una novela llena de las más extraordinarias vicisitudes, y de los más inesperados desenlaces. Al verlo en los primeros capítulos de este libro, preso, injuriado y proscrito de San Juan, quién nos diría que volveríamos á verle pasear por las calles de esa misma ciudad, que quiso tanto, en actitud triunfal y al frente de tropas, que aunque mandadas por el coronel Paunero, le obedecían. Esas tropas destacadas de Buenos Aires por

el gobierno del general Mitre, tenían por misión restablecer allí la normalidad. San Juan era desde hacía varios años un escenario sangriento. El ex-gobernador Benavides había perecido asesinado en 1858 y poco tiempo después desaparecía en la misma forma una personalidad noble y simpática: Aberastain. San Juan había tenido también que soportar, la tiranía de Virasoro que cayó al fin víctima de su obcecación.

El desorden reinaba en la provincia. Legiones de gauchos puntanos la recorrían, como hordas de vándalos. La juventud más escogida, animada de ese espíritu caballeresco y bizarro peculiar á los habitantes de aquella zona privilegiada de la República Argentina empuñó las armas. Un cuerpo de verdaderos cruzados sanjuaninos salió á batir á los montoneros, pero con tan mala suerte que en dos ocasiones consecutivas fueron derrotados en el Pocito, dejando el campo cubierto de cadáveres.

Triunfante la montonera todo el mundo huyó. Arruinada la provincia, convertida por el bandolerismo en vasto campo de duelo y desolación «San Juan era un montón de escombros en lo moral, dice Sarmiento. Casi treinta años de gobierno de hombres obscuros sin educación ni principios, habían hecho de la autoridad pública algo menos que una decepción un objeto de menosprecio. Sin rentas, sin sis-

tema de administración, servían las que se cobraban á satisfacer necesidades siempre apremiantes, objeto de especulación su cobro para algunos agraciados, de resistencia y de fraudes para el pueblo, que encontraba en ello el medio de hostilizar al enemigo: el poder irresistible y arbitrario. Sin industria que pudiese con la paz desenvolver riqueza en gran escala, la guerra, las revueltas, las invasiones de El Chacho, las intervenciones nacionales, la incuria del gobierno, el retraimiento de los ciudadanos, habían destruído más propiedades y fortuna, que la que el lapso del tiempo y el fruto del trabajo venía pacientemente acumulando. Ni un solo edificio público debía la generación presente á las pasadas, seis templos yacían en ruinas y ni la antigua escuela de la Patria se había conservado como único establecimiento de educación. El desaliño de la aldea colonial las señales de los estragos de las aguas, escavaciones en la plaza, como muestras de tentativas de mejoras etc.» Este era San Juan al asumir Sarmiento su gobernación el 16 de Febrero de 1862.

Desde el primer momento el nuevo gobernador reveló que por encima de todo y antes que nada era un periodista. Fundó «El Zonda», mejor dicho lo hizo reaparecer, encargándose de su redacción y mandando pedir á Chile una imprenta completa. En las columnas de ese pe-

riódico trazó su programa de gobierno, programa que comenzó á cumplir en el acto. Fundó dos buenos colegios, creó una escuela normal de agricultura, mejoró los caminos, pavimentó las calles, arregló paseos, formó un cementerio en el que erigió un monumento á los caídos en el Pocito y emprendió enérgica campaña contra los últimos montoneros, que acaudillados por Ontiveros y El Chacho, trataban á San Juan como á región conquistada. El Chacho pagó con su vida todos sus excesos y dió tema andando el tiempo á Sarmiento para escribir un libro interesante en el que hizo del último montonero de San Juan, el siguiente retrato:

«Era blanco de ojos azules y pelo rubio cuando joven, apacible de fisonomía, cuanto era moroso de carácter. A pocos ha hecho morir por orden ó venganza suya, aunque millares hayan perecido en los desórdenes que fomentó. No era codicioso y su mujer mostraba más inteligencia y carácter que él. Conservóse bárbaro toda su vida, sin que el roce de la vida pública hiciese mella en aquella naturaleza cerril y en aquella alma obtusa. Su lenguaje era rudo, más de lo que se ha alterado el idioma en aquellos campesinos con dos siglos de ignorancia, diseminado en los llanos, en donde él vivía, pero en su rudeza ponía exageración y estudio, aspirando á dar á sus frases, á fuerza de grotescas, la fama ridícula que las

hacía recordar mostrándose así cándido y al igual del último de sus «muchachos.» Habitó siempre una ranchería en Guaja, aunque en los últimos tiempos construyó una pieza de material para los «decentes» según la denominación que él daba á las personas de ciertas apariencias que lo buscaban. Hacía lo mismo con sus modales y vestidos: sentado en posturas que el gaucho afecta, con el pie de la una pierna puesto sobre el muslo de la otra, vestido de chiripá y poncho, de ordinario en mangas de camisa y un pañuelo amarrado á la cabeza. En San Juan se presentaba en las carreras después de alguna incursión feliz, sí con pantalones colorados y galón de oro, arremangados para dejar ver calcetas caídas, que de limpias no pesaban, con zapatillas á veces de color. Todos estos eran medios de burlarse taimadamente de las formas de los pueblos civilizados. Aun en Chile en la casa que lo hospedaba fué al fin preciso doblarle la servilleta, á fin de salvar el mantel que chorreaba, al llevar la cuchara a la boca. En los últimos años de su vida consumía grandes cantidades de aguardiente y cuando no hacía correrías pasaba la vida indolente del llanista, sentado en un banco fumando, tomando mate ó bebiendo.»

Extirpada la montonera y fusilado El Chacho, Sarmiento echó los cimientos de esta era de cultura, de bienestar y de riqueza, que hoy

hace sobresalir á San Juan entre las demás provincias del interior.

Cuando estaba más contraido á su administración fué designado para ir á ocupar la legación en Chile, el Perú y los Estados Unidos.

X

Sarmiento diplomático - Su misión en Chile-- Actuación en el Perú - El congreso de americanistas - La legación de los Estados Unidos.

Transformado en diplomático, Sarmiento dió muestras en su nueva carrera de gran desenvoltura y de versación extraordinaria. Se mostró á la vez lleno de distinción y de sagacidad en el ejercicio de sus legaciones y probó una vez por todas, que era un hombre de múltiples facultades, capaz de adaptarse con el mayor talento á todas las circunstancias. Reveló condiciones de elevación y de dignidad que lo hicieron respetable de los gobiernos ante los cuales fué acreditado. ¡Cuánta diferencia entre la altura con que desempeñó sus cargos, en aquella época en que su patria era un país pobre, y la mezquindad con que en estos tiempos de riqueza hemos visto desempeñar legaciones á diplomáticos faltos de seriedad y que domi-

nados por la avaricia, se hospedan mal y viven sumariamente, preocupados sólo de hacer economías en sus sueldos, á costa del decoro exterior de la República Argentina!

Llegó á Santiago en los momentos en que un serio conflicto internacional conmovía á Chile y las repúblicas vecinas. Una escuadra española se había apoderado de las islas de Chincha pertenecientes al Perú, y este país se alistaba para la guerra con que dos años después, y aliado á Chile, Ecuador y Bolivia, debería, con sus solas fuerzas, desalojar del Pacífico á las naves españolas.

Sarmiento al imponerse de la ocupación llevada á cabo en las islas de Chincha, adoptó una actitud resuelta, y manifestó con la mayor franqueza sus simpatías por la causa del país invadido. Después de pocos días fué recibido oficialmente por el presidente de Chile y al presentar sus credenciales pronunció el siguiente discurso:

«Tengo el honor de poner en manos de S. E. la carta credencial con que mi gobierno se ha servido acreditarme su representante cerca del vuestro.

Salida apenas la República Argentina de una de esas dolorosas luchas intestinas á que la han arrastrado intereses mal comprendidos ó experimentos inevitables, aunque costosos, en las instituciones americanas, así que se ha visto

constituída en cuerpo nacional, su primera solicitud ha sido estrechar las relaciones de amistad y unión con los otros Estados americanos; no sin presentir que mal aconsejadas combinaciones de una política extraña á nuestro modo de ser, requerian más tarde ó más temprano aquella cordial inteligencia que todos nuestros intereses, como la comunidad de origen é instituciones nos imponen.

Estas relaciones, señor presidente, son más valiosas con Chile y confiando en las altas prendas de S. E. me propongo cultivarlas, haciéndome el interprete de los sentimientos de un gobierno y poniendo de mi parte las mismas seguridades que de antemano tengo dadas de mis simpatías, por todo lo que á la gloria y á la felicidad de Chile, pudiera interesar.

Las circunstancias en que me cabe el honor de representar á la República Argentina, cerca de los Estados del Pacífico, hacen más oportuno todavía el buen deseo, que ha expresado mi gobierno.

En el curso ordinario de la vida habría sólo tratado de ajustar amigablemente los intereses comunes, que pudieran llamarse íntimos.

Empero una provocación incalificable, hecha á la República del Perú por España, hará necesario quizá que demos valor á nuestros títulos, á la existencia misma como naciones: y entonces la República Argentina reclamaría como un

honor y un deber suyo, estar al lado de la República de Chile en sostén de los derechos del Perú, desconocidos por la España hoy día, y por las razones mismas que reconoció el derecho de cualquier otra de las repúblicas americanas; pues este es, el carácter de los principios, que rigen los actos de los gobiernos.

Si hubiese de flamear la bandera del Perú en la lid á que la provocan, la tradición de sus glorias buscaría y encontraría á su lado la estrella de Chile y el sol argentino, que han recorrido unidos sus mares y sus campos; y no tendrían hoy necesidad de preguntar cuál es el camino que conduce á la victoria contra el mismo enemigo.

A los votos que mi gobierno me ha encargado trasmitir, por la prosperidad de Chile y el crédito y acierto de la administración de V. E. me creo autorizado á añadir el que hoy hacen todas las repúblicas, deseándole desempeñe dignamente la noble misión que la providencia le asigna de guardián celoso del honor, de la Independencia y las instituciones libres de la América toda, amagadas en el Perú.»

Pasó después á Lima, llegando al Callao en vísperas de celebrarse un congreso de americanistas con representantes de varias repúblicas latinas.

Lima le hizo un gran recibimiento al ilustre plenipotenciario. Sarmiento era el primer mi-

nistro argentino, que llegaba al Perú después de los años que siguieron á la independencia y todas las altas clases sociales limeñas se disputaron entonces el honor de enaltecer en él al representante de la nación, que era entonces, la predilecta de los peruanos. Entre las muchas demostraciones cordiales de que fué objeto, hubo una cuya delicadeza impresionó al embajador argentino. En un gran baile ofrecido en el palacio de gobierno por el presidente Pezet á los miembros del cuerpo diplomático, todas las señoras y niñas se presentaron vestidas con los colores de la bandera argentina.

Ninguna demostración podía ser más sensible á un espíritu amante de su bandera como Sarmiento.

Cuando lo recibió el presidente del Perú, pronunció el siguiente discurso:

«Tengo el honor de poner en manos de V. E. la carta que me acredita cerca del gobierno del Perú, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina.

Colocada esta á la opuesta ribera del vasto continente que constituye á sus habitantes miembros de una misma familia; absorvida largos años por las exigencias de una lenta y difícil organización interna, cábeme el honor de ser el primer representante de mi país encargado de cultivar relaciones con el Perú, rea-

nudar los vínculos, que por la comunidad de gloria, de principios y de interés, ligaron desde su origen á ambas repúblicas.

Al llegar á la capital del país, en que el nombre de tantos argentinos se ilustró combatiendo por la independencia al lado de sus propios hijos y cuyo recuerdo embellecido por los prestigios de la gloria y de la distancia, se conserva fresco aún en nuestras tradiciones populares, me siento rodeado por la misma atmósfera de simpáticos recuerdos, de aquellos días en que la abnegación y el patriotismo no reconocían otros límites que los de América. Avivar los sentimientos de fraternidad y hacerlos fecundos en bienes para ambos países, es el más lato cumplimiento dado á los propósitos de mi gobierno.

Sobre el grave suceso, que hace hoy del Perú el centro á que convergen las miradas de todos los pueblos y despierta el legítimo interés de la América, me asiste la confianza de que prevalecerán el derecho y la justicia, que ya se han hecho evidentes sobre los puntos esenciales.

Mayor confanza tengo en que el ilustre pueblo del Perú, cuyos procedimientos, por su transcendencía general en situación tan grave, están sometidos á examen de los extraños, justificará la esperanza de sus amigos, dominando sus propias emociones para conservar la cal-

ma necesaria al que combate por sus derechos.

La prosperidad, el reposo, y el honor del Perú, el acierto de la administración y felicidad personal de V. E. son el objeto de los votos que me honro en trasmitir á V. E. en nombre de mi gobierno y en el mío propio.»

Asistió después entre otros festejos á la inauguración de la Escuela de Artes y Oficios. Cuando le llegó el turno de hablar en esta ceremonia que fué grandiosa, abandonó la tribuna de los diplomáticos en la que ocupaba un puesto de honor, descendió varios peldaños y fué á colocarse, en medio de los aplausos del público, en las filas ocupadas por los maestros.

Desde allí pronunció un discurso vibrante y fué objeto de una gran ovación.

El gobierno argentino le envió instrucciones para que prescindiera del congreso de americanistas. Apesar de esas instrucciones que ocasionaron una interesante polémica entre Sarmiento y el presidente Mitre, concurrió á las sesiones del congreso y tomó parte en sus discusiones, pero se abstuvo de votar, en vista de las órdenes recibidas de Buenos Aires.

Pasó de Lima á los Estados Unidos y allí dió á luz la biografía de aquel Chacho á quien había derrotado y suprimido durante su gobernación en San Juan.

Su vida intelectual en Norte América fué in-

tensa: colaboró en «La Voz de América» periódico que defendía á las Repúblicas del Perú, Chile, Ecuador y Bolivia, aliados contra España, publicó varios trabajos sobre instrucción pública, y el libro: «Las Escuelas: base de la prosperidad de los Estados Unidos», fundando la revista «Ambas Américas», cuya vida fué fugaz.

En aquella época dejó nuevamente constancia de sus ideas con respecto al Paraguay y Uruguay, dos antiguas provincias argentinas, que en concepto de Sarmiento debían restablecer la unidad tradicional de la República Argentina.

XI

Presidente de la República - Tropiezos y dificultades - Obras de provecho - Política internacional - Proyecto de alianza con el Perú y Bolivia - Sarmiento envía el tratado á las cámaras - Aprobado en diputados - Rechazado en el Senado.

Desde que era un simple periodista, redactor de «El Progreso» de Santiago, soñaba con llegar á la presidencia de la República Argentina. Esa era la meta de sus aspiraciones y á ella llegó el 12 de Octubre de 1868 en compañía de estas cinco notables personalidades, que formaron su primer ministerio: Nicolás Avellaneda, Mariano Varela, Dalmacio Vélez Sarsfield, José Benjamín Gorostiaga y el coronel Agustín de Gainza.

No cambió de carácter, ni de hábitos, ni de sistema al asumir el mando. Conservó su ruda franqueza, su espíritu intransigente y batallador, su fiebre de iniciativas y de reformas y su odio al analfabetismo y al caudillaje. Tampoco aban-

donó sus prácticas de periodista y terció en la prensa, como cuando era un simple ciudadano, con la energía y la claridad, que fueron sus mejores distintivos. Sus enemigos que esgrimían otra clase de armas, y eran de otro temperamento, criticaron esta forma de ejercer la presidencia y desde el principio de su gobierno iniciaron contra él una propaganda, que se acentuó con el tiempo.

Su gobierno estuvo sembrado de escollos. La guerra del Paraguay, que aún no había terminado tenía exhausto el tesoro. La salud pública, descuidada en aquellos tiempos, pasó por unos días de crisis, de catástrofe mejor dicho, con la aparición de la fiebre amarilla en forma aterradora en Buenos Aires. San Juan fué el teatro de una revolución que provocó la intervención de su gobierno. El país carecía de una capital propia y cuando el congreso designó al Rosario, como sede de gobierno, Sarmiento opuso su voto á la ley, conservando á Buenos Aires como capital de hecho. Con el Brasil la situación era tirante.

A estas dificultades vino á añadirse un rudo golpe: el asesinato del general Urquiza principal sostén de su gobierno en las provincias, la sublevación de López Jordán en Entre Ríos, que tanto le dió que hacer y el avance de los malones de los indios.

No fué esto todo. En Mendoza se sublevaron

los coroneles O'Conor y Segovia. La cuestión de límites con Chile pasó también entonces por momentos muy críticos. Poco faltó para que no degenerara en un conflicto bélico.

Por último—para que nada faltara en esta serie de contrariedades—dos marineros italianos atentaron contra su vida, disparándole un balazo al cruzar una de las calles centrales de Buenos Aires. En medio de todo tenía una buena estrella que lo amparaba y salió ileso del atentado.

Apesar de tantos contratiempos y de la oposición que incesantemente lo acosaba, supo echar las bases formidables sobre las que se erigió después esta nacionalidad colosal. Dió á la instrucción un vuelo inmenso, estableciendo escuelas normales de maestros y contratando profesores extranjeros. Impulsó la organización militar y naval, creó las escuelas militar y náutica, mandó construir los tres primeros acorazados argentinos y á la vez fundó la mejor de sus instituciones, la comisión de bibliotecas populares, que es hoy uno de los factores más poderosos de la cultura argentina.

En política internacional sus ideas fueron amplias y claras. El Perú y Bolivia le propusieron celebrar un tratado de alianza ofensivo y defensivo, para constituir en Sudamérica una entidad tan poderosa que impediría todo otro predominio. El Perú tenía entonces una fuerte

escuadra, era un país rico y próspero y resultaba un aliado respetable. Aceptó por lo tanto la propuesta, apesar de sus vínculos con Chile. Mandó el asunto al congreso, seguramente recomendado, porque la cámara de diputados le prestó su aprobación por una gran mayoría—48 votos contra 18—En el Senado—donde Sarmiento no tenía mayoría y donde imperaban los mitristas, que fueron sus eternos adversarios—el proyecto de alianza se rechazó, debido en gran parte á los esfuerzos del misántropo Rawson, mortal adversario de Sarmiento de quien era comprovinciano.

Terminó su presidencia el 12 de Octubre de 1874 con las fuerzas agotadas por la incesante lucha, que había sostenido, pero le cabía esta gran satisfacción: el túnel que perforaba la montaña, tras de la cual se ocultaba la prosperidad argentina, estaba abierto por su mano. Se veía ya la luz del otro lado y se oían las voces de las legiones de hombres de trabajo que vendrían después á labrar la grandeza de esta nación.

Su obra estaba cumplida sin que la presidencia le hubiera producido otra cosa que sinsabores y desengaños.

XII

El ocaso de Sarmiento - Polémica parlamentaria - El loco Sarmiento - Ministro de Avellaneda - Abandona la cartera decepcionado - Superintendente nacional de educación - Sus últimas polémicas - Homenaje tardío - Un brindis conmovedor.

Bajó del poder sin recursos y sin partido propio que lo sostuviera, acosado en forma implacable por una oposición despiadada, que en el congreso y en los diarios lo ametralló sin misericordia.

Para defenderse empuñó de nuevo esa pluma, que tenía en su mano la virtud del rayo — pulverizar al que hería en medio de la tormenta— y escribió en «Tribuna» una serie de artículos notables, quizás los mejores que salieron de su mente.

Ingresó después á la cámara como senador por San Juan, pronunciando grandes discursos, sobre todo en el debate, que á propósito de un proyecto de amnistia sostuvo con Rawson,

Éste atacó á Sarmiento en forma apasionada é injusta. El autor de «Facundo» que había tenido la desgracia de tropezar siempre en su vida con empecinados combatientes de sus ideas y teorías, no tenía por qué sorprenderse de las estocadas que le menudeó su comproviciano, y aprovechó la ocasión para defenderse y para dejar demostrado, que si era un escritor de primera línea, era también eminente orador.

«Zahirió brutalmente á su adversario, á Rawson.... — ha dicho en un notable artículo el eminente doctor Magnasco — y zahirió brutalmente á Mitre, enlazando á los dos en una misma suprema imputación «¡Esos son asesinos!» dijo, y lo dijo con aquella actitud de inminente abalanzamiento y con aquella voz tonante que, una vez escuchada, sobre todo en circunstancias como las que ahora recuerdo, dejaba en el alma no se qué impresión, diré.... meteorológica, porque después que Sarmiento hablaba, como después de las grandes descargas de la atmósfera, parecía percibirse en el ambiente de los debates un acentuado olor á ozono....

Adversa la barra, prorrumpió en descomunal vocerío y fué en parte desalojada. A la salida, le esperaron á las puertas del congreso. Sarmiento, según su propia expresión del día siguiente, aguardó veinte minutos para dejar debidamente constatado el agravio ó desacato que se le preparaba. Y se lanzó á la calle como á

as fieras.... Al salir, un senador de peculiares pulcritudes, que militaba en filas opuestas, le brindó el amparo de su brazo. Acaso era más vanidad que cordialidad. Sarmiento lo rechazó indignado y casi con grosería. Era brazo de adversario y, aunque no lo hubiera sido, ¿qué había de necesitar extraños amparos quien había vivido los sesenta años de su vida provocando, como con fruición, arrostrando y tantas veces venciendo los rencores más intensos y las iras más encarnizadas?....

La muchedumbre, compuesta en su mayoría de estudiantes, de «mocitos» según la desdeñosa expresión de Sarmiento mismo, reanudó entonces sus demostraciones de hostilidad y arrojó, como pedradas, á la cabeza del bravío anciano, toda suerte de miserables denuestos... ¡Loco, bandido, asesino, traidor, general bumbum, la chancha!....»

Loco! Ese fué el denuesto que más auge tuvo entre todos los con que le obsequiaron sus enemigos durante su vida. «El loco Sarmiento» llegó á hacerse una expresión popular y una manera íntima de designarlo.

«Desgracia y grande para nuestra patria, ha dicho otro loco más moderno—el doctor Ingegnieros en uno de sus mejores artículos, que su locura no haya sido contagiosa.»

Defendiéndose de este calificativo de loco, que fué el único que pudo enojarle en la llu-

vía de injurias y de epítetos hirientes que lo persiguió toda su vida, escribió alguna vez Sarmiento con el título de «Está loco» «Fragmento de historia contemporánea» las siguientes líneas esplicativas de ese apodo inseparable:

«En 1846 el fraile Aldao, en una de sus borracheras, oyó decir de los *salvajes unitarios* á un palaciego, que estaban locos; y ordenó por decreto que al viejo epíteto se añadiera el de *locos*, haciéndoles nombrar locos á los unitarios de Mendoza.

El coronel Ramírez, federal de Mendoza, mandándole una carta original á Rosas, le decía, (consta de documentos diplomáticos de la época), que era del loco salvaje unitario D. F. Sarmiento, vuelto entonces de Europa.

Gustóle á Rosas, y le llamó á Urquiza el loco traidor, salvaje unitario Urquiza.

Gustóle á Urquiza, y llamó á Sarmiento el loco boletinero Sarmiento.

Gustóle á Calvo, y le llamó el loco Dulcamara Sarmiento.

Gustóle á Arredondo más tarde, y decía á un amigo suyo sobre cierto arresto preventivo; si está loco, lo estoy dejando no más!... el loco era presidente y comandante general de armas.

Gustóle al público, tan espiritual, y que le gustan las bromas saladas. *¡Y loco me fecil!*»

Contestando á los ataques de sus adversa-

rios con obras reales y de positivo provecho, acometió la construcción del más espléndido paseo de Buenos Aires, el gran parque de Palermo, á cuya entrada se elevó años después de su muerte una estátua suya, obra del escultor Rodin.

Todos los grandes hombres han tenido sus puerilidades y Sarmiento tuvo la de aspirar al generalato. Su sucesor en la presidencia, el doctor Avellaneda envió al congreso un mensaje proponiendo el ascenso de Sarmiento, que ya era coronel, á esa alta clase militar. La propuesta fué rechazada, pero tres años después volvió á ser sometida á las cámara con mejor éxito, y el ascenso se promulgó, no sin protesta de quienes explotaron este capricho del gran escritor, tomándolo por su faz ridícula.

En 1878 volvió al diarismo, asumió la dirección de «El Nacional» y mantuvo el interés público en suspenso con una serie de artículos sobre variados tópicos administrativos y de derecho público.

Actuó todavía en el gobierno como ministro del interior de Avellaneda, pero se retiró decepcionado, yendo á buscar descanso para tantas contrariedades en la vida del campo. De allí lo sacó el gobierno de la provincia de Buenos Aires, confiándole el puesto más de su agrado y de su competencia: la dirección general de escuelas. Este cargo que era entonces

provincial, se transformó después en nacional, cuando Buenos Aires fué, por fin, declarada capital de la República Argentina. Con la nueva organización administrativa, Sarmiento fué denominado superintendente nacional de educación, y rodeado de un consejo de ocho vocales, que desde el primer momento se pusieron en pugna con el superintendente. Las divergencias se agriaron tanto, que terminaron con una violenta polémica por la prensa, y los ocho consejeros fueron suspendidos.

Libró todavia grandes polémicas, sostuvo fogosas campañas periodísticas, llevó adelante tenaces propagandas, una de ellas contra las corridas de toros, bárbaro espectáculo, que logró suprimir.

Todavía en 1885 tuvo aliento para fundar un nuevo diario «El Censor» destinado á combatir—á nuestro juicio erróneamente—la candidatura del doctor Juarez Celman, dándose tiempo además para enriquecer la literatura argentina con dos libros, llenos de sentimiento, de vida y de interés. Uno era la «Biografía del coronel Francisco Muñiz» y el otro la «Vida de Dominguito» el hijo adoptivo y amado, que cayó en la guerra del Paraguay.

De todos los discursos que pronunció en el curso de su vida hay uno—un simple brindis—que no debe faltar en estas páginas. Acababa de dejar la presidencia y para celebrar el tér-

mino de la revolución de 1874, dió una fiesta en su casa de la isla de Carapachay, á la que asistió una brillante falanje de convidados, entre ellos muchos jóvenes de ambos sexos. Pero dejémosle la palabra al señor Manuel M. Zorrilla, que refiere las cosas con mucho colorido:

«Llegado el momento de las expansiones, todas las copas se levantaron á la salud del dueño de casa, muchos brindis se pronunciaron en su honor, y entusiastas votos y aplausos le rodearon cariñosamente.

Todos le pidieron que hablara, pero él se resistió con tenacidad, hasta que en vista del carácter tan empeñoso y general de las solicitaciones, tuvo que acceder a ellas, y se puso de pié en medio de una ansiosa espectativa.

La fresca memoria juvenil pudo retener las palabras del gran anciano, y no obstante el tiempo trascurrido, creemos poder asegurar que dijo poco más ó menos lo siguiente:

Señoras y señores: Había una vez una compañía de cómicos ambulantes, que iba por ferias y aldeas dando sus representaciones ante multitudes ingénuas y curiosas.

Uno de sus miembros debía ser muy bueno ó muy malo, debía estar muy adelantado ó muy atrasado á un tiempo, debía hallarse muy arriba ó muy abajo del arte de la época. Eso nunca pudo averiguarse. Lo que se supo con seguri-

dad es que su actuación provocaba por lo general las más defavorables manifestaciones.

Muy mortificado se sintió con ellas al principio, pero poco á poco tuvo que ir acostumbrándose á su suerte adversa, y siguió trabajando con su mejor voluntad y con toda su conciencia, sin preocuparse ya de los silbidos que le perseguian.

Un día volvió después de largo tiempo de ausencia á uno de esos escenarios en que no escasearon en otra época las pruebas de descontento; y sea que él ó el público hubiese adelantado, ó que por cualquier otro motivo hubiera desaparecido la desproporción de gusto ó la falta de armonía que había existido entre ellos, lo cierto es que el pobre hombre fué estruendosamente aplaudido.

Habituado á manifestaciones de carácter completamente contrario, tuvo una emoción tan fuerte que se le olvidó el papel.

Señoras y señores: A mi me acaba de suceder lo mismo. Acostumbrado á ser silbado donde quiera que me presente me veo ahora festejado y aplaudido y son tan grandes mi impresión y mi gratitud, que como el cómico de mi cuento he olvidado mi papel.»

Dijo, y una tempestad de aplausos ahogó su última frase:

En esas breves palabras con que el orador trató de explicar la falta del discurso que le

habían pedido, los oyentes encontraron uno de los más conceptuosos y tocantes discursos que pudieron salir de sus labios en tales momentos.

La fiesta terminó entre las vaguedades del crepúsculo matutino, y las despedidas fueron efusivas y afectuosas.

Los vapores se habían ya desprendido de la costa, y los visitantes seguían contemplando desde la cubierta la figura del ilustre patricio, que erguido y de pié á orillas de uno de los brazos del río Paraná, recibía las primeras claridades del alba en su ancha frente ya iluminada por su propia luz interna, y agitaba su gran sombrero de paja para corresponder á los saludos de la selecta y numerosa concurrencia que habia ido á visitarle en su modesta casa de la isla de Carapachay.»

XIII

Carácter de Sarmiento - Honradez y franqueza- Vanidad y verbosidad - Su muerte - Juicio y discurso del doctor Pellegrini.

Sarmiento es una de las figuras más altas en el escenario intelectual argentino. Fué como periodista el tipo más acabado y perfecto. Sus artículos resplandecían de vida y hoy mismo al leerlos y auscultarlos, se siente palpitar en ellos el corazón fogoso de su autor.

Ejerció su profesión como un magisterio. Fué siempre franco, leal, resuelto, inexorable. Defendió las buenas causas, combatió la tiranía y sobre todo, cosa que han olvidado algunos de los que han venido después que él, fué honrado á carta cabal. Sus artículos no obedecían, no digamos al "chantage" enfermedad moderna, pero ni siquiera á cálculos interesados. Fueron esplosiones de verdad y de patriotismo, lijeras muchas veces, pero siempre sinceras y elevadas.

Al lado de Sarmiento todas las demás figuras periodísticas de su época empalidecen y sólo hay tres personalidades en el mundo intelectual porteño, capaces de disputarle su predominio: D. Vicente Fidel Lopez, Alberdi y el general Mitre.

En realidad Sarmiento no puede compararse con nadie. Es único en su país y ùnico en Sudamérica. Fué vano, se ha dicho, para impugnarlo, y es cierto que su vanidad era ilimitada, pero este defecto fué un fruto de su época. Empapado en la lectura del vano Chateaubriand, y de los otros fátuos escritores románticos del siglo XIX, les tomó sus defectos, como lo hicieron Lastarria en Chile y tantos otros cuya vanidad es proverbial en las demás repúblicas sudamericanas.

Era de lengua suelta, educado en un sistema de verdad y de franqueza desnudas y esa verbosidad fué la causa de muchas de sus contrariedades y pesares.

Nunca supo callar. Se sentía un apóstol y predicó sus doctrinas con el calor de un cruzado. A los setenta y seis años, todavia peregrinaba por América, esgrimiendo la pluma que tantas tormentas había levantado y escribía y publicaba en el Paraguay, artículos sobre el dictador Francia, que movieron el avispero en la Asunción.

Murió cuando debia haber nacido, en la época

en que la Argentina entraba de lleno en una era de esplendor y de apogeo. Terminó su laboriosa vida reclinando apaciblemente su cabeza sobre el suelo paraguayo, el 10 de Setiembre de 1888.

Sus restos traidos de la Asunción en uno de los buques de guerra argentinos, fueron sepultados solemnemente en el cementerio de la Recoleta.

En frente de su tumba, un orador que fué también un espíritu superior—el doctor Carlos Pellegrini—pronunció el siguiente discurso, que reproducimos íntegro, porqué es la mejor página que se haya escrito sobre Sarmiento:

"Trás el último y supremo combate, Sarmiento entrega su mortal vestidura á la tierra, como el soldado antiguo se despojaba, después de ruda lucha, de su trabajada armadura y de su vieja y buena espada, al caer vencido por fuerzas superiores. Quédale su gloria, ante ella se inclinan todos y en los campos adversos están silenciosas las tiendas y enlutadas las banderas, mientras el tambor bate el fúnebre compás.

Todos lo hemos visto, todos lo hemos conocido; era la cumbre más elevada de nuestras eminencias americanas: el sol coronaba de luz su sien soberbia y habia en sus entrañas agitaciones de volcan. Viviendo en su contacto era dificil medir sus proporciones y recién al caer derribado por el tiempo podemos apreciarlas, al

ver sus fragmentos cubrir medio siglo de nuestra historia, en la extensión de medio continente. Cada uno de ellos puede servir para elevar un monumento de faz diversa y materia variada. Hay allí desde el duro granito para levantar un baluarte, hasta el grano finísimo, rival del pentélico famoso, en que el artista puede cincelar su obra más delicada.

Sarmiento nada debe á su época, ni á su escena. Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América y en todo tiempo y en todo lugar hubiera tendido sus alas de cóndor y morado en las alturas.

Nacido hace un siglo, hubiera sido una de las figuras de nuestra emancipación política, arriba de Moreno y al lado de Rivadavia.

Nacido en el primer año de la revolución, ha sido el que vió más lejos en el porvenir los destinos de nuestra patria y quién mejor comprendió los medios de alcanzarlos. Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda.

Escritor, orador, legislador, ministro, presidente, su labor ha sido vasta y contínua. Fué apóstol y fué soldado.

Tocóle por patria, como á todos los de su época, inmensa heredad inculta, y aplicó todo el vigor de su alma á abrir en la espesa selva anchas vias á la civilización. Lo hemos visto sudoroso, apasionado, febril, empuñar el hacha

del *pioneer,* abrirse paso al través del espeso matorral de la ignorancia, destrozando errores, preocupaciones, y al encontrarse en su camino con el árbol colosal de la tiranía que cubría á su patria con sombra letal, atacar su tronco, herirlo sin tregua ni reposo, hasta verlo caer con estrépito, abriendo en el bosque inmenso claro, que permitió á un pueblo contemplar el cielo luminoso y aspirar las puras brisas de un porvenir libre.

Su vida fué de acción y de lucha; tenia en su panoplia todas las armas; pero su inteligencia con músculos de atleta, prefería la maza hercúlea, á cuyo golpe terrible saltaba en pedazos la más sólida armadura.

En todo momento, ya ocupara la más alta magistratura de su país, en su banca de senador, manejando la pluma del polemista, en el seno de la intimidad, era siempre el mismo, *espontáneo y genial,* de pensamiento vastísimo y fecundo, con un soberbio desconocimiento de lo pequeño y del ridículo, inmaleable, con un poder de iniciativa no igualado y con una energia y tenacidad inagotables.

Le faltaban esas cualidades de seducción que obran sobre el sentimiento de las masas, que caracterizan á los conductores de hombres y engendran la popularidad. Todo su organismo estaba absorbido, dirigido, dominado por su cerebro y podía en ciertos casos no inspirar

cariño, pero imponía siempre admiración y respeto.

En el recinto del congreso su banca era una cátedra, y cuando hacía oir su voz, todos inclinaban el oido atento, en la seguridad de nutrir su inteligencia con esa palabra que nunca fué pueril ó vulgar. Si la pasión lo agitaba, su elocuencia era tormentosa: oscuridades imponentes, en cuyos senos se sentia agitarse las ideas, se agolpaban formando marco á claridades radiosas, y relámpagos iluminaban á intérvalos el soberbio cuadro.

Todo lo que constituye nuestro progreso debe algo ó mucho á Sarmiento. En su vida laboriosa ha trazado largo y profundo surco en nuestro vírgen suelo argentino, derramando en él á manos llenas la semilla fecunda del bien. Si alguna se perdió entre espinas y pedregales ó fué llevada por las aves del cielo, más feliz que el sembrado del evangelio, la mayor parte cayó sobre tierra fértil, brotó lozana y vigorosa y hoy se eleva como homenaje eterno á su memoria.

¿Cometió errores, injusticias? Tal vez: no lo recuerdo. El gran trágico inglés pone en labios de Antonio, ante el cadáver de César, estas palabras desconsoladoras: — «El bién que los hombres hacen en la tierra, queda muchas veces sepultado con sus huesos» —No. El error ó el desvío de la pasión son hijos de la tierra y el sepulcro reclama todo lo que le es propio.

Queda para el alma inmortal todo lo que nació de la inteligencia ó el amor, que son las chispas divinas que enaltecen al hombre y lo colocan en el trono de lo creado.

Hoy, en esta última jornada, al pasar sus restos en busca del lecho de su eterno reposo, cruzarán entre filas de niños que se agitarán y se agolparán para arrojar flores en su camino, y el murmullo de bocas infantiles que es la voz del porvenir, será el himno más grato que se eleve á las regiones donde mora su espíritu y compense las fatigas del más ardiente apóstol de la educación popular.

No habrá aldea en la República donde no se lea «Escuela Sarmiento» y ya aparece su nombre en varias, como en el cielo sereno aparecen los astros brillantes cuando el sol ha descendido en el horizonte.

En nombre del senado de la Nación, al cual honró en vida, me inclino ante su féretro y depositó la ofrenda de su admiración y respeto. Su nombre pertenece ya á la historia, y cuando la República Argentina sea una de las grandes naciones de la tierra y sus hijos vuelvan la mirada hácia la cuna de su grandeza, verán destacarse la sombra de Sarmiento, consagrado desde hoy y para siempre como uno de los Padres de la patria.

INDICE

Págs.

Dedicatoria 3

I.—Infancia de Sarmiento - Amor á la verdad - Pasión por la lectura - Libros favoritos - Influencia de la «Vida de Franklin» - Primer viaje á Chile 5

II.—«Pensador y hombre de acción - Estudios de historia y filosofía - Formación de su personalidad - Espíritu europeo y americano - Sus grandes amigos: Alberdi, Tejedor. Aberastain, etc. El gobernador Benavides - Sarmiento preso - Horas de martirio - Su destierro 11

III.—Sarmiento en «El Mercurio» - Su primer artículo - Contiendas periodísticas - El diarismo en 1840 - Artículos borrascosos - De nuevo condenado á partir - Un suceso inesperado - Encuentro con los dispersos de Lamadrid - A Chile otra vez! - En favor de los vencidos - Una nueva calumnia - Resplandece la verdad 21

IV.—Provocación y desafio - Propósito de Sarmiento - Picar el amor propio - Polvareda que levanta - Sus detractores - «El Desenmascarado» - «El Diario» de Santiago» - Cinco años de riña - Se declara vencido... 27

Págs.

V.—Sarmiento se adelantó á su época - Era un hombre del siglo XX - Su visión del porvenir - Sus cualidades de diarista - Campañas en «El Progreso» - Defensa del general Santa Cruz - Juicio sobre los congresos panamericanos - Polémica con «El Comercio» de Lima 33

VI.—Sarmiento en Montevideo - De paso por Rio Janeiro - Su llegada á Francia - Relación con San Martin y Pueyrredón - En los Estados Unidos - Su amistad con Horacio Mann - Regreso á Chile - Su matrimonio 39

VII.—Un poema épico - «Facundo» - Exito de este libro - Bellezas que encierra - Magníficos trozos de estilo - Dos bonitos episodios - Quiroga y el tigre - Historia de Severa Villafañe 45

VIII.—La caida de Rosas - Entrada triunfal en Buenos Aires - Desacuerdo con Urquiza - Partida para Rio Janeiro - Publica un nuevo libro - «La campaña del ejército grande» - Polémica con Alberdi - Sarmiento en Buenos Aires - Redactor de «El Nacional» 55

IX.—Gobernador de San Juan - Situación de esa provincia en 1862 - Desolación y escombros - La obra de Sarmiento - Guerra al bandolerismo - El último montonero argentino - Angel Vicente Peñaloza (a) El Chacho) - Su retrato - Su derrota y su muerte - Beneficios que le produjo á San Juan la gobernación de Sarmiento 63

X.—Sarmiento diplomático - Su misión en Chile - Actuación en el Perú - El congreso de americanistas - La legación en los Estados Unidos 69

XI.—Presidente de la República - Tropiezos y dificultades - Obras de provecho - Política internacional - Proyecto de alianza con el Perú

Págs.

y Bolivia - Sarmiento envía el tratado á las cámaras - Aprobado en diputados - Rechazado en el Senado..... 77

XII.—El ocaso de Sarmiento - Polémica parlamentaria - El loco Sarmiento - Ministro de Avellaneda - Abandona la cartera decepcionado - Superintendente nacional de educación - Sus últimas polémicas - Homenaje tardío - Un brindis conmovedor..... 81

XIII.—Carácter de Sarmiento - Honradez y franqueza - Vanidad y verbosidad - Su muerte - Juicio y discurso del doctor Pellegrini..... 91

———

LIBRARY
2
1979
UNIVERSITY OF TORONTO

SUBSTITUTE 'R' CARD

Location .....

No. of copies .....

Binding .....

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 23 08 12 012 4